

Las Siete Villas: artesanía social en tiempos de La Mesta

por José Luis Gómez Urdáñez

El verdadero monumento histórico de estas Siete Villas es el complejo de relaciones económicas, sociales, políticas e institucionales, construido entre los siglos XIV y XIX, los siglos de la Mesta, del apogeo de la ganadería trashumante y del negocio de la lana fina. Durante estos cinco siglos largos se forjó aquí una sociedad y una cultura, hoy irremisiblemente perdidas, basadas en normas no escritas de sociabilidad, cuya finalidad primera era mantenerse en el marco de unas condiciones límite impuestas por la naturaleza y por el entramado jurídico-económico. Precisamente, vivir y laborar siempre en condiciones hostiles pero extrayendo el máximo beneficio (en lo económico, la riqueza; en lo social, la estabilidad) y superar las limitaciones a base de organización colectiva y fortaleza individual son la clave que explica este singular caso de artesanía social y política.

El primer “límite” lo pone el territorio. Es tan hostil que ni siquiera la ganadería ovina puede mantenerse en los escasos prados y dehesas, y ha de emigrar temporalmente, junto con la mayoría de los hombres. Es la única manera de mantener los excedentes, que son realmente sorprendentes, tanto en ganados como en población: cada una de estas villas mantuvo una media de entre 15.000 y 30.000 ovejas trashumantes, mientras la población se situaba entre los 100 y los 150 vecinos (de los de antes). Es decir que las Siete Villas llegaron a tener en los mejores tiempos, desde mediados del XVI a fines del XVIII, más de 150.000 ovejas y entre 4.000 y 5.000 habitantes, una “presión” que sólo duraba cuatro meses, pues ovejas y hombres vivían en Extremadura el resto del año. No podía ser de otra forma: los que se iban permitían vivir a los que se quedaban.

Como estaban acostumbrados a vivir fuera de casa –a los catorce o quince años hacían el primer viaje a Extremadura–, no se plantearon

nunca la emigración como un drama, y en los periodos de crisis, cambiaron de trabajo y de residencia con toda naturalidad: se quedaron en los pueblos de los “Extremos”, se casaron en el valle o dieron el salto a América. Si había ocasión, volvían; a veces, volvían sus hijos o sus nietos. Era gente preparada, siempre mantuvieron la escuela; pero aprendieron también en la ruta –un mes de ida y otro de vuelta a La Alcudia, La Serena, Zafra, etc.– y en los tratos, pues, el comercio era el fundamento del sistema: arrendaban pastos, vendían lana, compraban pan y vino para el común, etc. En definitiva, el límite del territorio hostil lo superaron, con creces. Ellos, los pastores, y ellas, las dueñas: aquí la mujer desempeñó un papel esencial, en lo que no hace falta insistir. La mujer fue la cabeza y, siempre, los brazos, durante los largos invernaderos.

Otro “límite” lo constituyó el marco jurídico-político. Las Siete Villas fueron parte del señorío de conde de Aguilar (al final, heredado por los Abrantes). Desde 1366, los pueblos soportaron la presión señorial, pero fueron aprendiendo a sortearla. Hay algún motín antiseñorial, algunos duros en el siglo XVI, pero en adelante los pueblos fueron aprendiendo a defenderse usando la justicia. Como tenían dinero, pudieron acudir a la Chancillería de Valladolid y ganar pleitos para ir limitando los pretendidos derechos del conde. En el siglo XVIII, apenas le quedaba alguno. Sólo cobraba unos miles de reales, pero no podía ni venir a “sus” pueblos. Ni siquiera le dejaron levantar casa solar.

Los ricos y orgullosos “señores de ovejas” eran muy poderosos. La Mesta era un magnífico instrumento, pero las Siete Villas idearon otro mejor: la comunidad. Se hermanaron en el XVI las “cinco villas y el valle de Canales” –así se denominaron cuando redactaron sus ordenanzas (incluían entonces a Montenegro y a Monterrubio)– y constituyeron un nuevo parapeto antifeudal, renovado en 1739. Con el tiempo, la institución, que se reunía en la casa de Islas –hoy bajo las aguas del pantano de Mansilla–, fue un marco supralocal que trajo grandes beneficios a la región. En 1815, intentaron extender los ideales de la “unidad” y formar una “Sociedad patriótica de los Cameros”, pero fracasaron. No eran ya buenos tiempos: llegaba el liberalismo, moría la Mesta; también desaparecían los señoríos. Triunfó la iniciativa individual, pero a costa de la desaparición de una sociedad

autorregulada y estable, unida por lazos extraeconómicos, los que permitieron mantener este singular engranaje humano.

El último “límite” es la clave del sistema: la prosperidad de las Siete Villas dependía del mercado. En tiempos de medios de transporte arriesgados, de inseguros medios de pago y de inestabilidad política periódica, trabajar para el mercado y con un solo producto, la lana fina, exigía un alto grado de organización, que, necesariamente, hubo de producirse en las Siete Villas. Aquí, apenas se fabricaron algunos paños. La región estaba rodeada de centros productores: Anguiano, Pedroso, Pradillo, Ezcaray, etc., pero sólo hubo algo de textil en Canales y en Mansilla. Lo general fue vender la lana, tanto en el mercado regional, que no absorbía más que una parte, como en el mercado exterior, en los centros textiles de Holanda, Inglaterra o Francia, vía puerto de Bilbao. En el XVIII, la Real Fábrica de Guadalajara, y luego la de Ezcaray, creada a mediados de siglo, compraron mucha lana de las Siete Villas, pero los propietarios empezaron a perder rentabilidad.

A fines del XVIII, todos se quejaban presagiando el fin de su mundo. Acertaron: desde la guerra contra la Convención (1793-95), el mercado se resintió. Lanitas de otras procedencias -la sajona- entraron en el mercado, mientras los paños ingleses de algodón inundaban los mercados mundiales. Los “negociantes” de las Siete Villas, que tenían que manejarse con dinero y crédito, vieron cómo los vales reales -la deuda pública- perdían valor, mientras el cambio les perjudicaba. El arriendo de hierbas en Extremadura aumentaba de precio, pues había allí una gran demanda de tierra para el cultivo, mientras los salarios y el precio del pan aumentaban sin cesar. Al llegar la guerra de la Independencia, el complejo humano creado en estas villas, igual que el de los valles del Leza o del Iregua, entraba en crisis. Sólo faltaba la emancipación de América -y la pérdida de sus mercados (Soto, Torrecilla, Ezcaray, Enciso, exportaban todavía paños a América)-, lo que se produjo poco después, en coincidencia con las primeras medidas desamortizadoras, por las que una parte de la propiedad comunal - prados, dehesas- que soportaba la presión ganadera durante el verano, pasaban a propiedad privada. Los orgullosos “señores” de la Mesta empezaban a declinar antes de que en 1836 se liquidara definitivamente el Real Concejo.

Quedaron todavía los elementos del sistema, pero ya no su conjunto. Siguió habiendo trashumancia -ahí están, entre nosotros, los últimos pastores trashumantes, a quienes dedico estas palabras-, se mantuvieron tradiciones, incluso instituciones -por ejemplo, la de las Siete Villas, que adaptó su composición a los pueblos actuales tras la aparición de la provincia de Logroño en 1833-, pero fue desapareciendo aquel complejo basado en normas no escritas, mucho más comunitario, forjado en los lazos de la confianza y de la lealtad. Ahora se imponía el liberalismo, el individualismo, y algo todavía más negativo para estas villas: la planificación general, norte del progreso. Desapareció la sociedad autorregulada que dictaba severas normas para la conservación del sistema -y de su entorno ecológico-, y se impuso el beneficio individual y el progreso industrial, olvidando aquel beneficio colectivo -el que no sólo proporcionaba riqueza, también ofrecía estabilidad y un cierto orgullo de ser serrano- y aquella manera de llegar a acuerdos, una especie de mesocracia, en la que los grandes sabían hasta donde podían llegar (hay pocos rebaños que pasen de las 1.500 ovejas, y ningún mayoral que no admitiera que los rabadanes llevaran ovejas propias: también éstos sabían cuántas eran el límite).

Quizás el Colectivo de las Siete Villas, que mantiene hoy el espíritu de estos pueblos, logre hacer de puente con las nuevas generaciones: esos nietos que vuelven, esos jóvenes emprendedores que reflexionan sobre el pasado al ver cómo está el presente (el precio del ladrillo y los contratos basura); quizás se den cuenta de que se puede vivir de otra forma, aunque nunca será posible volver a aquel locus amoenus, obra de la más alta artesanía social que lograron nuestros antepasados en los siglos de la Mesta. No había entonces capitalismo, y dicen que reinaba la alegría, el respeto entre todos, la confianza, la lealtad y la esperanza en el porvenir.

Y además, fue real. Por eso las Siete Villas son un monumento histórico.